



Me despierta un ruido grande pero sordo, como de algo de una sola pieza y muy voluminoso golpeando sobre una superficie cubierta por algún tipo de material acolchado o sobre la arena de una playa desierta sin causar víctimas ni destrozos porque, de lo contrario, se hubiesen oído gritos, o lamentos, o demandas de auxilio o el crujir de objetos que se quiebran, a menos, que también lo pienso, “el impacto haya sido tan rotundo que”.

E imagino Hiroshima como imagino siempre que la pienso Hiroshima preguntándome por qué no Nagasaki o lo que no imagino sin saber por qué siempre que a continuación de Hiroshima pienso indefectiblemente en Nagasaki como específicamente Nagasaki.

Pienso asomarme al balcón pero me digo que no va a merecer la pena porque no tengo cerca ninguna playa; y no habiendo podido ser sobre una playa (o sí sobre una playa, no se puede descartar de plano que pueda sobre cualquier playa del mundo producirse un impacto que produzca un ruido grande — pero sordo — como de algo de una sola pieza y muy voluminoso golpeando sobre una superficie cubierta por algún tipo de material acolchado, pero no la playa sobre la que yo estoy imaginando) no tiene el menor sentido ponerse a averiguar si ha habido víctimas entre los bañistas desprevenidos y despreocupados tumbados, tranquilamente, panza arriba dorándose al sol contrariados porque en un par de días terminarán sus vacaciones de verano y tienen, aún, que recoger todos sus enseres y empaquetarlos y organizar el viaje de regreso a sus ciudades de origen maldiciendo de la vida cotidiana y de los atascos y de que la nevera, ya lo verás, va a estar vacía.

Y está vacía. No la nevera imaginaria de unos bañistas que tumbados tranquilamente panza arriba dorándose al sol desprevenidos y despreocupados imaginan contrariados que en un par de días terminarán sus vacaciones de verano sino la de quien en una mañana de invierno los imagina recogiendo todos sus enseres y empaquetándolos y organizando el viaje de regreso a sus ciudades de origen, maldiciendo de la vida cotidiana y de los atascos y de que la nevera, además, que lo acabo de mirar, esté vacía a menos, que también lo pienso, que alguien a quien despertó un ruido grande pero sordo, como de algo de una sola pieza y

muy voluminoso golpeando sobre una superficie cubierta por algún tipo de material acolchado o sobre la arena de una playa desierta sin causar víctimas ni destrozos porque, de lo contrario, se hubiesen oído gritos, o lamentos, o demandas de auxilio o el crujir de objetos que se quiebran, tenga la ocurrencia de ocuparse de sus propios asuntos y dejar de una puñetera vez de imaginarme.

viernes, 25 de febrero de 1927